

Pellicer, revisitado por Zaid

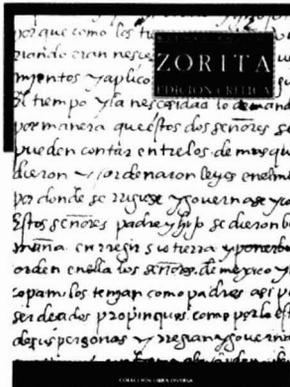
Carlos Pellicer,
Antología mínima,
 selección, prólogo y nota de Gabriel Zaid,
 Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas),
 núm. 134, México, 2001, 111 pp.

Por Arturo Cantú

La *Antología mínima* tiene 110 páginas, incluyendo prólogo, nota e índice, *Poesía completa*, los tres volúmenes de 1996, tienen cerca de 1500. Zaid reduce a menos de la décima parte el *corpus* de la poesía pellicereana. El adjetivo "mínima" señala que pudiera haber antologías mayores, con más material. Aunque también, quizá, estaba destinado a convencer al propio Pellicer ante una representación de versos escasa y rigurosa. De hecho, según la «Nota sobre la edición», Pellicer objetó el primer proyecto por "insuficiente" y autorizó mejor una selección mucho más extensa, la *Primera antología poética* de 1969. La *Antología mínima* también podría llamarse "Antología estricta" y llevar un subtítulo chocarrero: "Lo que puede leerse con asombro, deleite y beneficio, en la poesía de Pellicer, sin dar lugar a la menor objeción". En la «Nota...» se lee "es mejor incluir pocos poemas que resistan la atención intensa y pausada...". Se trata, como dice el mismo Zaid, de seleccionar "lo mejor de lo mejor" (p. 102), y de construir con ello, añadimos por nuestra cuenta, un volumen de poesía con sentido propio. Para lograrlo, los poemas elegidos se presentan en un orden que no siempre es el de su publicación; en ocasiones se escogen sólo cuatro o cinco versos de un poema; otras, se introducen blancos para separar intensidades, o se los suprime para lograr mayor continuidad (aunque esto último no está mencionado en la «Nota...» y pudiera tratarse de una errata). En algún otro caso, no con igual fortuna, un blanco se extiende hasta llegar a la página inmediata (entre la 31 y 32); se añade a veces una coma (73), se cambia un "de el" por un "del" (81)... Al final resulta un libro diferente a los que el poeta publicó en vida; un libro escrito por Pellicer que Pellicer no hubiera podido escribir.

Pellicer era un hombre de genio, desbordante de vitalidad y simpatía. No era, desde luego, un poeta estricto. Carballo dijo alguna vez, con verdad aunque un poco malévolamente, que Pellicer no escribía sino que le brotaban poemas, como flores, de los brazos, y simplemente se los cortaba. "Aquí no suceden cosas/ de mayor trascendencia que las rosas", su dístico más famoso, revela bien sus jerarquías. Primero está la rosa real, la vida, y, si después o simultáneamente se puede decir algo de eso, está la poesía. Los poemas debieran tener la naturalidad —y el asombro— de una garza en el Usumacinta. Por eso la puesta de sus nacimientos cada navidad, o el arreglo de las cabezas colosales de La Venta en Villahermosa, eran para él tan importantes como cualquier otra cosa que hiciera; no lo decía por modestia, dando menos valor a su obra literaria, sino porque así lo creía. Escribir poemas no era la tarea más importante de su vida de poeta.

Con todo, esto es, con darle una importancia igual a la poesía que a lo demás, Pellicer hizo algunos de los mejores poemas mexicanos del siglo xx, y encontró algunas de las imágenes más luminosas. El poema donde habla de la trascendencia de las rosas, el primero de la antología, es una enumeración ininterrumpida de hallazgos. Desde la topografía: "Creeríase que la población, / después de recorrer el valle, / perdió la razón / y se trazó una sola calle"; hasta la vida cotidiana: "Pasan por la acera / lo mismo el cura, que la vaca y que la luz postrera". Otras veces las iluminaciones provienen de las piruetas de un paseo en avión, donde Río de Janeiro "se ponía de cabeza / sin derramar su bahía", o "el cielo se llenaba de automóviles", y "al bajar, / tenía yo los ojos azules / y el agua de mar dentro



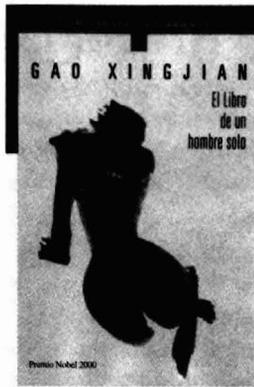
Wiebke Ahrndt,

Zorita, edición crítica,

Colección Obra diversa,

México, 2001, pp. 360

Wiebke Ahrndt muestra a un Zorita crítico, que en sus informes enviados a la Corona española proponía soluciones a los terribles años en que se daba el surgimiento de una nueva sociedad.



Gao Xingjian,

El libro de un hombre solo,

Ediciones del bronce,

2000

Después de *La Montaña del alma*, Gao Xingjian propone una nueva obra magistral, recuerdos de su infancia en China, resumen de la vida de un hombre solo. Testimonio literario esencial y sublime.

del corazón". Pero también los hallazgos sueltos pueden resultar en entrecruzamientos de significados, como en «Estudios»: primero, gracias a los "relojes descompuestos", el poeta llega tarde a las citas y puede entonces darse por entero a los mecanismos silenciosos de las esferas celestes (relojes más precisos); después, el retardo del tren le permite, al perder, ganar panorama; más adelante, en el trópico, "nadie sabe qué hora es", "las garzas (reposando sobre un pie, quizá, como en *Muerte sin fin*) inmovilizan el tiempo", y finalmente, luego de otros versos deslumbrantes, "renace el tiempo, / lento, fecundo, ocioso, / creado para soñar y ser perfecto". La garza que inmoviliza el tiempo es la misma que al volar lo distiende. Pellicer acumula y relaciona las revelaciones sobre un mismo asunto. Por lo pronto, no intenta ir más allá, en estructura, del procedimiento enumerativo de su primer poema memorable, "Recuerdos de Iza", aunque tiene material de sobra para hacer un poema complejo y conceptual, a la manera de Villaurrutia, por ejemplo. Sin embargo, a través de la *Antología mínima*, se le ve ir de la imagen a la enumeración de imágenes, de la enumeración al sistema de metáforas, para después, en los poemas dilatados y serenos de la edad adulta, como "Nocturno a mi madre", olvidar todos los procedimientos y empezar desde cero, inventar una nueva poética donde los hallazgos, en sordina, se subordinen al discurso, y donde la voz no intente lucir su timbre y colorido sino decir simplemente las cosas como son. Dejar que las rosas broten del rosal; hacer poesía como se vaga a solas por el campo, sin mayor obligación que la de vivir la vida.

Eso es lo que la *Antología mínima* revela. Pellicer no es sólo un gran poeta de hallazgos, sino que puede ir, cuando así lo desea, de la mera

acumulación al sistema de correspondencias, de las correspondencias al modo discursivo, y de los poemas sueltos a la tesitura espiritual de una obra consistente y vasta, donde todas las partes se potencian y sostienen entre sí, como en una arquitectura deliberada. Dentro del Pellicer caótico y genial hay también un Pellicer estricto y único, coherente y exacto. El trabajo de Zaid, al mostrarnos lo que estaba ahí y no veíamos, mucho tiene de amor y de homenaje.

El arreglo y la encuadernación del libro (y el diseño de su tapa) ostentan todavía el sello del mal gusto de la gerencia anterior del Fondo de Cultura Económica. Aunque la encuadernación sea sólida y los materiales empleados sean de buena calidad, el libro resulta demeritado por descuidos elementales. La selección de poemas sigue inmediatamente a la última página del prólogo, sin permitirse una hoja en blanco para anunciar la antología (págs. 12 y 13). De igual manera, la «Nota sobre la edición» empieza en seguida del último poema (págs. 100 y 101). Prólogo, antología y nota se vuelven un mazacote tipográfico; la economía inoportuna de papel, o el ajuste casual de la suma de páginas de los cuadernillos, que nadie previó, afean un esfuerzo editorial encomiable. El colofón se pega también a la última página del índice. En la 45 y la 101 hay erratas importantes. En conjunto resulta como si una burocracia displicente nos hiciera el favor —al público que los compra— de editar libros. ♦